Fábula n.º 21 — «Hubo en la antigüedad un pueblo, para vergüenza de las tribus terrenales,»

Hubo en la antigüedad un pueblo, para vergüenza de las tribus terrenas,
que hasta tal punto se endureció de corazón,
que se armó contra los dioses.
Turbas rebeldes, tras mil estandartes,
unos con arco, otros con honda, corren ruidosas al campo.
Los instigadores, de audaces cabezas,
para avivar aún más el desenfreno del pueblo,
gritan que el juicio celestial es severo y necio;
que los dioses o duermen, o gobiernan sin juicio;
que es hora de escarmentarlos sin miramientos;
que, por lo demás, desde las montañas cercanas no es difícil
alcanzar con piedras el cielo hasta los dioses
y cubrir el Olimpo de flechas.
Sobrecogido por la osadía de los insensatos y sus blasfemias,
todo el Olimpo se acercó a Zeus con súplicas,
para que apartara la desgracia;
y incluso todo el consejo de aquellos dioses fue de parecer
que, para convencer a los amotinados, no estaría mal
mostrar aunque fuera un pequeño milagro:
o un diluvio, o un trueno con temblor,
o al menos azotarlos con una lluvia de piedras.
«Esperemos»,
dijo Júpiter: «y si no se apaciguan
y persisten en su desenfreno, sin temer a los inmortales,
serán castigados por sus propias obras».
Entonces, con estruendo, se alzó en el aire
una multitud de piedras, una nube de flechas de los ejércitos rebeldes contra los dioses,
pero, con mil muertes, crueles e inevitables,
se desplomaron sobre sus propias cabezas.

Tales son los frutos del ateísmo;
y sabed, pueblos, que
las audaces blasfemias de los discursos de los falsos sabios,

con las que os arman contra la divinidad,
acercan vuestra hora funesta,
y todas se convertirán en rayos contra vosotros.